

LEÓN NAVARRO, Vicente. *El inquisidor general Felipe Bertrán. Un servidor de la Iglesia y de la monarquía (1704-1783)*. Valencia: Facultad de Teología San Vicente Ferrer, 2017, 529 pp. Premio Humanismo e Ilustración 2015 y Premio 2018 de la SEESXVIII.

El estudio y conocimiento del movimiento ilustrado en la España del siglo XVIII ha registrado en el último medio siglo avances más que significativos. Por lo que se refiere al caso valenciano, la ingente obra del profesor Antonio Mestre Sanchis, iniciada en 1966 y que aún continúa, ha creado una estela en la que se sitúan una copiosa nómina de investigadores y publicaciones que han ido completando, matizando y enriqueciendo el denso legado de aquellas generaciones de *novatores* e ilustrados, cuyo máximo exponente fue Gregorio Mayans y Siscar. En torno a él –bien para reafirmarlo o bien para contradecirlo– numerosos laicos y eclesiásticos fueron parte de su círculo, como lo demuestran los casi treinta volúmenes de su epistolario y los cinco gruesos tomos de sus *Obras Completas*, todo ello editado por el Ayuntamiento de su ciudad natal, Oliva. Ese grupo lo integraban, entre otros muchos, Asensio Sales, Manuel Martí, Andrés Piquer, Francisco Pérez Bayer, Juan Bautista Muñoz, Francisco Cerdá y Rico, José Cavanilles o Vicente Blasco. Otros como José Climent y Felipe Bertrán leyeron alguna obra suya y mantuvieron correspondencia con él siendo canónigos u obispos, pero no pertenecieron a su entorno ni tampoco fueron permeables a su influencia.

Felipe Bertrán y Casanova nació en la Serra d'En Galceran, pequeño pueblo de la comarca castellonense de la Sierra de Espadán, en 1704. Sus primeros estudios los realizó en Benassal. Cursó en la Universidad de Valencia Filosofía y Artes, se graduó de Bachiller en Filosofía y Maestro en Artes en 1724, año en que comenzó los estudios de Teología en la Universidad de Gandía, donde se doctoró en 1729. Después de cuatro intentos para obtener la cátedra de Filosofía tomista en la citada Universidad, la consiguió en 1735, en la cual se mantuvo hasta 1738. Poco después, con el apoyo del marqués de Dos Aguas, Ginés Rabassa y Perellós, fue promovido al curato de Bétera, donde permaneció hasta 1752, año en que fue trasladado a la parroquia de Massamagrell. Tras varios intentos para ocupar una canonjía en la sede valentina, alcanzó esta meta en 1755 con un canonicato lectoral, lo que le permitió ingresar en el cabildo de la metropolitana de Valencia. Ejercería aquí de examinador sinodal, visitador conventual y predicador catedralicio y de iglesias de los arrabales. En 1763 fue nombrado por Carlos III obispo de la sede salmantina, en reconocimiento a su fidelidad al monarca, su fama de generoso y su elegante retórica. Su labor episcopal estuvo llena de acciones positivas y de tendencia reformadora, dentro de las rectas convicciones rigoristas y antijesuíticas de Bertrán. Su mayor aspiración fue fundar un nuevo colegio para Salamanca, el de San Estanislao, cuya construcción consiguió finalmente no exento de trabas, así como del primer seminario (San Carlos, 1779) que conociera la diócesis de

Salamanca. Ambos proyectos estuvieron plagados de dificultades que fue superando con paciencia y energía. Tuvo parte muy activa en la reforma de los Colegios Mayores de su diócesis y de toda la monarquía, además de ser uno de los impulsores de la expulsión de la Compañía de Jesús (1767) y de su disolución (1773). Fue autor de numerosas cartas pastorales, sermones y edictos que reflejan su pensamiento religioso y político. Su biografía personal y eclesiástica culminó con el nombramiento de inquisidor general, por decisión del monarca, a fines de 1774, cargo que detentó hasta su muerte en Madrid el 1 de diciembre de 1783. De todos sus actos o decisiones en este cargo, al margen de su papel en el proceso a Olavide, destaca el decreto que firmó en 1782 por el que se establecía la libertad de publicar y leer la Sagrada Escritura en lengua vulgar. Un gesto que sitúa a Bertrán en la órbita de la ilustración católica de tendencia filojansenista en la España de Carlos III.

Este resumen biográfico sirve para entender la dimensión del trabajo que reseñamos, en el que el profesor León Navarro muestra un dominio absoluto de la época y los asuntos que afectaban a la Iglesia española y su relación con el poder real y la Corte, pues fue en ese contexto en el que se movió el canónigo y obispo Felipe Bertrán. Con un manejo cuidadoso y abundante de fuentes documentales, literatura religiosa coetánea y la bibliografía que ha abordado diversos aspectos de su vida y pensamiento, Vicente León traza un retrato certero, profundo y nada convencional del biografado, a quien, lejos de dibujar como un ilustrado cristiano

sin mayores complejidades, nos lo describe como un hombre de su tiempo, pero condicionado por las múltiples esferas en las que se movió: la de la propia Iglesia a la que pertenecía y de la que fue un fiel prelado cumplidor de su deber pastoral; la de la monarquía a quien mostró siempre una obediencia ciega, y la de la sociedad con la que se relacionó, situando sus convicciones religiosas por encima de cualquier otra circunstancia.

La obra se articula en ocho capítulos, que corresponden cada uno de ellos a una etapa de su biografía. El primero, «De la Serra d'En Galceran a Valencia», aborda el contexto histórico en que nació, en medio de una guerra de nefastos efectos para el reino de Valencia. Trata después su formación con un análisis profundo y documentado del ambiente universitario en Valencia y las disputas entre tomistas y antitomistas, donde el pavorde Vicente Calatayud representaba el tomismo oficial conservador e intransigente. Y no hay que olvidar que Calatayud fue profesor de Bertrán y lo apadrinó en su doctorado en 1737. Profesor de Filosofía entre 1735 y 1738, pasó a ocupar el curato de Bétera (739-1752) y luego el de Masamagrell, coincidiendo con el arzobispo Andrés Mayoral, un tomista activo y antijesuita convencido, como lo era Bertrán. Esa línea de pensamiento es estudiada por el profesor León Navarro, destacando sus vínculos con el círculo mayansiano, del cual analiza con detalle la compleja relación epistolar con el erudito de Oliva. Subraya, además, el objetivo de su labor pastoral centrado en la predicación evangélica y la presencia en sermones y textos escritos de

la influencia de fray Luis de Granada y los teólogos humanistas del xvi hispano. A estas cuestiones dedica el capítulo tercero sobre la tarea pastoral de la difusión de la palabra divina, con un acertado manejo de textos y fuentes inéditas que dibujan el perfil de un clérigo autoexigente, rigorista, episcopalista y defensor de una religiosidad donde destacaban santo Tomás y san Agustín, la devoción al Santísimo Sacramento, el agustinismo y el valor de la penitencia para la salvación. Todo un programa de la religiosidad barroca, tamizada por el tono ilustrado que la despoja de artificios y falsos mitos. El capítulo cuarto está dedicado a la etapa como obispo de Salamanca, a partir de 1763, donde destacan la actividad pastoral y misionera, las visitas a la diócesis, su intervención en la expulsión de los jesuitas, la reforma de las Colegios Mayores y, sobre todo –como muestra el capítulo quinto–, la tenaz lucha por conseguir la fundación del Seminario Conciliar de San Carlos (1779). Los tres últimos capítulos del libro cubren la etapa 1774-1783, en la que ya como inquisidor general fue protagonista de un complejo incidente en la Universidad de Valencia por el homenaje que se le tributó por tal nombramiento, como también lo fue del proceso a Pablo de Olavide. En estos y otros asuntos en que se vio envuelto (obispado, reforma de Colegios Mayores, expulsión de los jesuitas, etc.) sobresale un elemento definitorio de su programa teológico-político: un acusado regalismo, marcado por la obediencia casi servil a la autoridad real, incuestionada e incuestionable, en la línea de la teoría del sometimiento del poder eclesiástico y civil a «las legítimas

potestades», toda una declaración de intenciones en clara oposición a la teoría del tiranicidio y del libre albedrío jesuítico. Pero de esta etapa final destaca sobremanera su mayor contribución a la historia de la Iglesia española: el decreto que levantaba la prohibición de leer los textos sagrados en la lengua del pueblo (1782), cuyas consecuencias han sido estudiadas por numerosos autores por superar la «larga noche bíblica» de la que habla el profesor Sánchez Caro, y alumbrar una nueva religiosidad más –esta vez sí– «ilustrada». El decreto de 1782 permitió la publicación de la primera Biblia «católica» en castellano desde el siglo XIII, la del P. Scio y Feliu de San Pedro (1790-1793), y la mejor obra sobre el espíritu e historia de esta cuestión nuclear de la historia religiosa del XVIII español. Nos referimos a *De la lección de la Sagrada Escritura en lengua vulgar* (1791), de Joaquín Lorenzo Villanueva, un protegido de Bertrán, de quien recibió favores e ideas que le marcaron el resto de su vida.

Estamos, pues, ante una de las figuras clave de aquella generación de católicos ilustrados, más o menos filojansenistas (jansenizantes, *tiers parti*), pero indubitados súbditos del monarca cuya figura llegaron a sacralizar, haciendo de la labor pastoral, la predicación y el gobierno de sus diócesis herramientas útiles para preservar el orden heredado y el rigor de la piedad y la práctica religiosa. La biografía del obispo e inquisidor general Felipe Bertrán y Casanova es un paradigma de ese clero que, en una generación posterior, ya en tiempos de revolución y mudanza, se vio obligado a optar por permanecer anclado al pasado o dar un

paso adelante en el camino trazado por las reformas liberales que se iniciaron en Cádiz a partir de 1810. Pero esa es otra historia.

Vicente León Navarro ha sido catedrático de instituto y profesor en diversos centros universitarios, donde ha impartido conferencias y ponencias sobre los temas en los que es un destacado especialista: Ilustración española, historia de la Iglesia durante los siglos XVIII y XIX tanto española como del ámbito valenciano y en sus relaciones con México, biografías de notables eclesiásticos (Miguel Cortés, Juan B. Hermán, Felipe Bertrán), así como de historia de la Universidad de Valencia, las visitas *ad limina* o de la Inquisición en el control de la moral y las ideas del siglo de las luces. Autor de numerosas publicaciones que superan el centenar, destacan,

entre sus libros, *Luis de Granada y la tradición erasmista en Valencia siglo XVIII* (1986), *Influjo y pervivencia de Fray Luis de Granada en el siglo XVIII español* (1990), *La pasión por la libertad. Miguel Cortés y López (1777-1854)* (2003), *Lluita pel control de l'educació valenciana al segle XVIII. Jesuïtes, escolapis i il·lustrats* (2010), la edición de la correspondencia entre Gregorio Mayans y Juan Bautista Hermán y el libro aquí reseñado. Son numerosas y destacables sus colaboraciones en los proyectos de investigación *La catedral ilustrada* (Valencia, 2013-2016) y *La catedral barroca* (Valencia, 2017-2019), *Valencianos en la historia de la Iglesia* y numerosas revistas, obras colectivas y actas de congresos.

Germán Ramírez Aledón